

Sección a cargo de Guillermo Fernández

ITALIA EN LA COLMENA.



VALERIO MAGRELLI

Correo de los lectores:

Ah, la burocracia...

I.

El confín entre la vida y mi vida
pasa entre alegatos que compilo desde siempre.
Yo soy el alegato. ¿Vine
a la luz sólo por esto?
¿Por esto he superado fiebres y fracturas,
muertes, lutos y ofensas?
¿He superado las ofensas sólo para que mi tiempo,
carne-tiempo, fuera desmembrado y ofendido,
capilarmente humillado?
El desasimiento
que una vez procuraba el trabajo,
ahora es Metástasis.
Por ello, si borrarse las horas inmoladas a la nada,
no quedaría ni la edad de un neonato
—el aborto que aquí escribe.



VALERIO MAGRELLI (Roma, 1957) ha publicado cuatro libros de poemas: *Ora serrata retinae*, Feltrinelli, 1980; *Nature e venature*, Mondadori, 1987; *Esercizi di tiptologia*, Mondadori, 1992, y *Didascalie per la lettura di un giornale*, Einaudi, 1999. Los tres primeros aparecieron reunidos por Einaudi en *Poesie (1980-1992) e altre poesie*. Desde su primer libro, que llamó con gran fuerza la atención de la crítica italiana e internacional, Magrelli se ha acercado al mundo de los objetos que acompañan la vida diaria del hombre (tazas, lápices, hojas de papel, frazadas y utensilios de toda clase), para observarlos bajo la lupa de la razón y, no obstante su frecuente curiosidad científica, redescubrir los resortes que nos ligan a ellos en una relación continua y profunda.

El poema que aquí aparece forma parte de su más reciente libro (*Didascalias para la lectura de un periódico*), cuyo mundo referencial son los medios de comunicación. Magrelli afronta esta especie de antimateria poética, representada por los órganos de comunicación impresa, radiofónica y televisiva. Manual y panfleto, su proyecto irónico-mimético no esconde, sin embargo, una honda piedad para quien es víctima, o presa inconsciente, del incesante bombardeo de anuncios y noticias, perdida en un paisaje antropológico, que ha visto cómo la comunicación se ha transformado en el instrumento de una anestesia planetaria. LC

II.

El confín entre mi vida y la muerte ajena
se halla entre el sillón y la TV,
benigno litoral donde se recibe
el pan del horror cotidiano.
Ante la injusticia —que sublime
nos pone a salvo para que contemplemos
el naufragio desde tierra firme—
ser justos significa
apenas la mínima moneda
de decencia abonable a nosotros mismos,
mendicantes de sentido,
y al dios que impunemente
nos tiene sentados a la orilla,
del lado justo del televisor.



III.

No logro ver
el confín entre mi muerte y mi vida
mientras desprendo los recibos.
Pienso en la obligación de ser dichoso
con una fácil existencia normada
pero me aniquila la náusea
de esta Manutención universal.
Me basta otra fila, otra práctica
y de nuevo esperar que la vida venga
y me ponga a salvo de la muerte.

Un fiel suscriptor.